

Editorial

DOS ACTITUDES ESPIRITUALES ANTE LAS LECTURAS BÍBLICAS

El presente número de Oración de las Horas está principalmente consagrado a reflexionar sobre el papel que tienen las lecturas bíblicas en la celebración del Oficio divino. Desde las “Cuestiones concretas” hasta el extenso artículo sobre el Leccionario bíblico que trata de las grandes repercusiones que puede tener para una vida plenamente iluminada por la Palabra de Dios; el aparentemente sin especial importancia n. 145 de la OGLH, todo es una invitación a perfeccionar la manera de servirse de la Escritura en la celebración litúrgica.

Este tema nos ha recordado una pequeña discusión —muy amigable y con un “diálogo muy constructivo”, como dice el léxico de nuestro tiempo—, que tuvimos hace algunas semanas con un grupo de alumnos de la Facultad de Teología de Barcelona. La importancia del tema nos parece justificar el que hagamos aquí alusión a aquella conversación.

La discusión versó simplemente sobre la conveniencia de seguir habitualmente los leccionarios “oficiales” de la misa, o bien por el contrario, buscar para cada celebración lecturas más apropiadas y más adaptadas a cada caso y a cada asamblea. Los pareceres estaban al principio, como era de esperar, muy divididos aunque —esto ya no era tan de esperar— al final se llegó a una “total unanimidad”.

La cuestión, a pesar de sus apariencias, no es principalmente una cuestión de “disciplina litúrgica”. Aquí subyace algo mucho más importante. Estas dos maneras de abordar las lecturas bíblicas —seguir los leccionarios o seleccionar las lecturas— sobre todo si se toman como sistema habitual, presuponen dos actitudes espirituales muy distintas y estas actitudes pueden llegar a marcar la vida de oración y de vivencia de la Palabra de Dios muy profundamente.

Quien antes de acercarse a la Palabra *empieza* reflexionando sobre los problemas concretos propios o del grupo que va a celebrar, o sobre los grandes (o pequeños —porque no todo lo que pasa habitualmente es grande—) acontecimientos que vive hoy el mundo, la Iglesia,

la propia comunidad, etc. Y, a *partir de estos hechos* busca, por ejemplo en un Vocabulario bíblico, unas lecturas adecuadas para que sirvan de respuesta a tales problemas, este tal, podemos decir, que abismado, pendiente y absorto en ideas, en acontecimientos, en propias vivencias, en la historia humana, de todo ello hace el centro de su propia vida.

Y lo mismo podríamos decir, en cierta manera, de quien aceptando, por ejemplo, *una* de las lecturas de la misa del día busca entonces otros textos que concuerden “temáticamente” con el contenido de esta lectura: este tal, aceptando en parte lo que le viene dado por *una* de las lecturas del día, construye a partir de ella, su propia visión abstracta del problema, sirviéndose de algunos otros textos, mas o menos bien seleccionados, para interpretar según su propia visión la lectura que ha escogido como base celebración.

Quien, por el contrario, toma la Palabra de Dios sin tanto estudio previo, de una forma mas simple y mas espontánea, escuchando atentamente, capítulo tras capítulo, el mensaje de los libros sagrados, preocupado únicamente de las Persona que habla —Dios—, predispuesto a escuchar lo que le diga porque viniendo de él es siempre interesante, con hambre de llenarse simplemente de su Palabra, de *toda su Palabra*, este tal, pensamos, que parte no ya de unos hechos sino de una Persona. Este último, diríamos, es menos estudioso, menos teórico y menos abstracto pero mucho más enamorado y más contemplativo; menos centrado en la historia como simple historia humana y más apegado a la historia como historia de salvación proyectada y realizada por Dios primordialmente, más parecido al que está atento aquel de quien se sabe amado porque sabe que le dirá unas palabras que a él le llenarán de gozo, precisamente porque le ama.

Ambas maneras de leer la Biblia son posibles, ambas incluso se pueden combinar las dos las ha usado siempre la Iglesia en la liturgia y las usa actualmente en los nuevos leccionarios litúrgicos: las lecturas de las fiestas, de las misas rituales, de las misas por las diversas necesidades, acomodan las perícopas bíblicas adaptándolas a “temas concretos; las lecturas habituales, con todo, tanto de los domingos como de las ferias —las que más se usan, por tanto— siguen el primer camino de lectura continuada y sin preocupaciones previas de “selección”. Y creemos que la manera habitual de abordar la Palabra ha de ser esta última, porque sólo ésta nos lleva a la actitud contemplativa de escuchar simplemente “la voz del Amado” porque siempre “su voz es dulce y su figura hermosa” (Ct 2, 8. 14).

P. F.